glas invariables, como en las ciencias exactas. Dos y dos son cuatro, puede decirse con absoluta certeza, y sin temor de que esta verdad se desvirtúe por el trascurso del tiempo ó por el cambio de los climas; pero no puede decirse con igual certidumbre *la democracia es el gobierno mejor*, porque esto no es siempre cierto, sino que está sujeto á diversas modificacisnes en el tiempo y en el espacio.

Haciendo á un lado la afirmación spenceriana sobre una admisible y no ruinosa acefalía social —teoría que está en desacuerdo con la opinión universal—, conviene fijar la atención en las enseñanzas de la Historia y en las lecciones de la experiencia. Demuéstrannos ambas que las formas de gobierno y las atribuciones del Estado han venido cambiando de mil maneras á través de los siglos, hasta trasformarse en la moderna democracia, que es un sistema nuevo, enteramente disímbolo del de las democracias antiguas. Así vemos que en las edades obscuras en que la humanidad no salía aún de la infancia, existieron los gobiernos patriarcales, para guarda y defensa de la tribu, que era como una gran familia en derredor del jefe venerado. La defensa del grupo puso el mando supremo en manos de los más fuertes, y de ahí tomó orígen el gobierno militar, que engendró la monarquía. Hecha sedentaria la vida del pueblo, surgieron las ambiciones que turbaron la paz y produjeron la guerra intestina. Para evitar los disturbios y dar lugar á la concor-

dia, se inventó la oligarquía, que invistió de igual mando á los próceres ambiciosos. Los pobres y los ricos, como clases diferentes, se hostilizaban con crueldad, queriendo áquella tiranizar á la segunda, y ésta romper el yugo y dictar leyes á la primera. La democracia clásica fué el triunfo de los pobres sobre los ricos; pero no el de la mayoría sobre las clases privilegiadas, porque los ciudadanos formaban también una clase opresora, y debajo de ella gemían los conquistados, los colonos y los esclavos. La esclavitud, en su tiempo, no fué más que una forma de la división del trabajo. El estado belicoso de la sociedad exigía que la parte más vigorosa de sus miembros se consagrase á la defensa de la patria; esta parte era la de los ciudadanos, especie de milicia dispuesta siempre para la guerra y directora perpetua de la cosa pública. Pero, al mismo tiempo, era preciso que otra parte de la sociedad se consagrase á la producción, pues de no ser así, hubieran sido imposibles la vida y el progreso del grupo; esta porción destinada al trabajo fué la de los esclavos. La guerra, como ocupación más espléndida, fué reservada á la clase triunfante—antigua tribu conquistadora; y el trabajo ocupación más opaca y deslucida fué encomendada á los vencidos convertidos en esclavos.

Invirtiendo el punto de la observación, obtiénense las mismas demostraciones sobre la imposibilidad de fijar de un modo definitivo las funciones del Estado. La Constitución Americana es una

de las más sabias de los pueblos cultos, y ha he cho la felicidad de los Estados Unidos; pero está muy lejos de ser un sistema aplicable á toda agrupación humana contemporánea. Imagínese por un momento verla llevada á la gran China, y proclamada ley suprema de aquella tierra; es inconcuso que no podría ser ahí practicada, ni aun siquiera entendida, porque su aplicación presupone cierto nivel moral y cierta preparación educativa que distan mucho del estado actual del Celeste Imperio. Otro tanto podría decirse si fuese trasportada al interior del Africa, entre sus hordas autóctonas, ó á las islas más ó menos salvajes de la Oceanía. Y aun en el mismo suelo de la Gran República, daría resultados lastimosos proclamada entre los indios *siux*, ó entre cualesquiera otras de las tribus antiguas del continente. El atraso de esas gentes, en mayor ó menor escala, las tiene fatalmente sujetas á gobiernos duros y despóticos que las rigen según el capricho y sin contrapeso, como el padre rige la conducta del hijo menor, ó el tutor la del incapacitado (1).

Dedúcese de todo esto, que las funciones del Estado no son ni pueden ser siempre las mismas en todos los países ni en todas las épocas, sino que cambian según el adelanto del grupo, tanto á través del tiempo como del espacio.

Si fuera preciso demostrar tan sencilla verdad

(1) Los indios carecen de voto activo y pasivo en los Estados Unidos.

por medio de citas, fácil sería hacerlo, con sólo echar mano de algunas muy conocidas.

Obsérvese desde luego que el sólo título de la obra de Leroy-Beaulieu "El Estado *Moderno* y sus funciones" proporciona una excelente comprobación de dicho principio, pues de él aparece que el autor no pretende sentar las reglas inflexibles á que debe sujetarse *todo Estado* en su ejercicio, sino sólo el *moderno*, esto es, el que funciona hoy día á la cabeza de sociedades desarrolladas, cultas y prósperas; aquel donde la vida colectiva ha llegado á su máximum de intensidad en todas sus manifestaciones. Parando mientes en esta salvedad importante que se desprende del mismo nombre del libro, no hay peligro de equivocar su alcance, ni de considerarlo como una especie de canon universal á que debieran sujetarse las atribuciones de todos los gobiernos.

Desgraciadamente no abundan los espíritus reflexivos, y sí los dados á generalizar sin discernimiento. La lectura de una obra bien escrita, profunda y llena de erudición, como la mencionada y otras muchas á ese tenor, conduce á los que traban conocimiento con ella, á juzgarla aplicable á todos los casos, como colección de axiomas matemáticos. Esta tendencia es muy explicable, porque la inteligencia humana por instinto busca fórmulas fijas é inmutables que le sirvan de guía, y tiene horror al perpetuo estudio y al análisis constante de las evoluciones de las cosas; pero la verdad es que, por tediosa que sea la labor

es fuerza buscar la verdad sin descanso, abordarla y someterla á todos los crisoles, para obtenerla pura, genuina y exacta.

Stanley Jevons en sus nociones de "Economía Política," hablando de las funciones del gobierno, dice: "Se dividen comunmente en dos clases, necesarias y discrecionales..... Las funciones que quedan á discreción del gobierno consisten en las que él puede ejecutar con ventaja, tales como proveer de una buena moneda corriente, establecer un sistema uniforme de pesas y medidas, construir y mantener en buen estado los caminos, conducir la correspondencia por un servicio nacional de correos, sostener un observatorio y un establecimiento meteorológico, etc..... Sería un trabajo importantísimo, si fuese posible hacerlo, decidir exactamente cuáles son las empresas que un gobierno debiera echar sobre sus hombros, y cuáles las que tendría que dejar á la libre acción de los demás: pero es imposible establecer reglas precisas acerca de este punto. Los caracteres, hábitos y circunstancias de las naciones difieren tanto, que lo que es bueno en un caso, puede ser malo en otro..... Cada caso tiene, pues, que ser juzgado con arreglo á sus propios méritos, y todo lo que el economista político puede hacer es indicar las ventajas y desventajas generales de la administración gubernamental."

Herberto Spencer (1) dice á este propósito: "El

(1) "Justicia," cap. XXIII, § 100 y 101.

estudio de la evolución general nos ha familiarizado con la proposición de que la naturaleza de las cosas está lejos de ser inmutable. Sin cambiar de identidad, trasfórmase su naturaleza. El contraste entre la nebulosa esferoidal y el planeta sólido, producto definitivo de su concentración, llama la atención poco más que los contrastes que nos rodean por todas partes. En efecto, esas trasformaciones de naturaleza reinan universalmente en el mundo orgánico. Ya, después de un período de vida sedentaria, un pólipo se secciona en fragmentos, que se desligan uno á uno y se tornan medusas que nadan libremente. Ya una pequeña larva del tipo anelado, después de haberse entregado por algún tiempo á una circulación activa en el agua, se fija en un pez, pierde sus órganos motores, y viviendo como parásito, no presenta ya más que bolsas ovíferas. Otra renuncia á los cambios de lugar de su existencia primera para establecerse definitivamente en una roca; allí se trasforma en lo que vulgarmente se llama bellota del mar, y se alimenta de los seres minúsculos que pasan á su alcance, y que arrastra á su garganta. Otra vez es una forma vermicular que, después de haber vivido largo tiempo y de haberse alimentado en el agua, se escapa de su huevecillo de ninfa y vuela bajo la forma de un mosquito; así asistimos á la trasformación de las larvas, cresas ó moscas de la carne. La más extraña y la más extrema de todas esas trasformaciones, es la metamórfosis que sufren algunas

de las algas acuáticas inferiores. Durante un período bastante corto, se mueven con agilidad y presentan todos los caracteres de un animal; después se fijan, echan brotes y se convierten en vegetales.—El examen de esos hechos de una maravillosa variedad y demasiado abundantes para ser e numerados, debe ponernos en guardia contra el error que tiende constantemente á desprenderse de la hipótesis vulgar de que la naturaleza de una cosa ha sido, es y permanecerá invariablemente la misma. Este examen, por el contrario, nos prepara á prever cambios de naturaleza que pueden ser fundamentales—La inmensa mayoría de las personas está convencida de que no hay más que una sola concepción exacta del Estado; en tanto que, habiendo reconocido que las sociedades evolucionan, y aprovechando las lecciones que nos da la evolución general, tenemos que concluir que el Estado tiene probablemente naturalezas esencialmente distintas, según el tiempo y el lugar."

***

Aparece de lo anterior, con toda claridad, que el concepto del Estado no es el mismo siempre y en todas partes, sino que cambia necesariamente según las circunstancias locales é históricas. Decir, por consiguiente "el Estado no debe impartir la instrucción superior, sino dejarla á la iniciativa privada," no es sentar un principio cierto

siempre y en cualquier parte; sino solamente en aquellos países bastante adelantados para que esa iniciativa funcione. En el seno de las sociedades demasiado jóvenes ó lánguidas, donde no se han desarrollado tales energías, no puede ser cierto el principio. Esas sociedades, aunque de hecho contemporáneas, pertenecen, por su manera de ser, á tipos arcaicos, y no pueden ser regidas sino conforme á los principios lógicos que se basen en el estado real de sus cosas.

Oigamos otra vez á Spencer á este propósito (1). "En el hombre primitivo y en el poco civilizado no existe el carácter requerido para una amplia cooperación voluntaria. El hecho de asociar sus esfuerzos á los de otras personas para la obtención de una común ventaja implica, si la empresa es vasta, un grado de perseverancia que él no posee. Además, cuando los beneficios de que se trata están remotos y son poco comunes, como ocurre con aquellos para los cuales combinan hoy sus actos los individuos, exigen en los que de mutuo acuerdo los persiguen, una fuerza de imaginación constructiva, que falta á la inteligencia de los hombres no civilizados. Por otra parte, las vastas asociasiones privadas que tienen por objetivo la producción en grande escala, vastas empresas ú otros fines, requieren una subordinación gerárquica en los trabajadores asociados, semejante á la produ-

---

[1] "El Individuo contra el Estado." Post-Scriptum.

cida por la vida militar. En otros términos, no se llega al tipo industrial desenvuelto, tal como ahora lo conocemos, sino pasando por el tipo militar, el cual, por la disciplina, engendra á la larga, la persistencia de los esfuerzos, la sumisión voluntaria á una dirección [no ya impuesta sino aceptada por contrato], y el hábito de organizarse para alcanzar grandes resultados.

"Consiguientemente, durante largas etapas de la evolución social, se necesita para la gestión de todos los asuntos, exceptuados los más sencillos, un poder gubernamental fuerte y extenso, que goce de la confianza general y sea universalmente obedecido: de aquí el hecho, bien patente en los recuerdos de las primeras civilizaciones y en el Oriente actual, de que ciertas empresas no pueden ser ejecutadas sino por la acción del Estado; de aquí también el hecho de que la cooperación voluntaria no pueda reemplazar, sino poco á poco, á la cooperación obligatoria, disminnyéndose legítima y correlativamente la fé en la capacidad y en la autoridad gubernamental."

***

Vengamos ahora á la República Mexicana.

Es inconcuso que somos un pueblo joven, que comienza apenas á desarrollarse, y que dista mucho todavía de llegar al apogeo de su vitalidad y de su cultura. Formado de elementos disímbolos, pugna dolorosamente por hacer la amalgama de todos

ellos en un cuerpo nuevo y compacto. Entre tanto que este resultado no se obtenga (lo que tiene que ser por su naturaleza obra larga), no podemos marchar rápidamente y sin embarazo por la senda del progreso. El peso de cuatro ó cinco millones de indígenas de raza pura que lleva nuestra nave, es demasiado grande para nuestras energías propulsoras. La gran masa de los mestizos no está, en su mayoría, mucho más ilustrada que los mismos nativos; gran parte de ellos no sabe leer ni escribir, ni está iniciada en los secretos de la época moderna. La clase superior, compuesta de criollos, mestizos y europeos, está á la altura de las más ilustradas de cualquier país del mundo, y es la que gobierna, estudia, trafica y viaja.

Tan palpable desigualdad en los elementos que constituyen nuestro pueblo, da una resultante general poco favorable á nuestra civilización. Es de gestación la época en que vivimos; aun no encontramos nuestro asiento, ni se establece definitivamente nuestro modo de ser. Si buscásemos comparaciones entre nuestro estado actual y el de otros pueblos, podríamos decir que nuestros indígenas están al nivel de los colonos y siervos de la Edad Media; que los mestizos se parecen al pueblo europeo de hace dos ó tres siglos; y que sólo un grupo reducido de dos ó tres millones de mexicanos es el que sigue las corrientes de la vida contemporánea.

Un vistazo echado en derredor, convence de la